



DE PONIENTE A LEVANTE

Escribo estas líneas aquí mismo, en la redacción de esta casa, y después de un largo recorrido, a través de media España, de Poniente a Levante, desde Salamanca a Valencia.

Vengo acá a ser juzgado por tres supuestos delitos de imprenta, de supuestas injurias a S. M. el rey de España. Que no cabe injuriar a un rey no es una paradoja, sino una doctrina que espero desarrollar algún día, y doctrina que ha de aceptarla y ampararla antes un monárquico que uno que no lo sea. La persona física, corporal de un rey puede ser ofendida y lesionada; pero la moral, la civil, la representativa, la simbólica, no. El delito de lesa majestad tiene que ser un absurdo para un monárquico ortodoxo y sincero. Pero dejemos esto por ahora, que tiempo habrá de volver a ello y no vaya a creerse que trato de prevenir a mis juzgadores.

He recorrido en cosa de veinticuatro horas y poco más una larga línea; he visto campos, sedientos de agua los más de ellos; he oído las conversaciones de los que entraban y salían en el tren. Hablaban éstos sobre todo del estado de excitación y hasta de exaltación de los jornaleros del campo, y de los cambios que ya se anuncian en la distribución y el disfrute de los frutos de la tierra. Y no hablaban, no, de dar la batalla al proletariado rural.

Vine oyendo a unos colonos de Extremadura, labradores. Una mujer ya mayor — que venía acompañando a un matrimonio joven — era la exaltada, la belicosa, la intransigente. En cambio el labrador, el patrono rural — su hijo o su yerno — daba en cuanto podía razón a las exigencias de sus obreros y hablaba más bien con amargura. Y no sé si con miedo. Su cantinela era que los labradores más ricos, aquellos sobre todo que cultivaban sus propias tierras, las van dejando, y por otra parte los pequeños dueños se dispensan cuanto pueden de jornaleros.

Más tarde hablé con uno que en compañía de otros socios se dedica en tierras de Andalucía a comprar grandes fincas a dueños latifundarios, que las venden bajo la presión del miedo al porvenir o acaso más a tener que trabajarlas de verdad y por sí mismos, y luego esa compañía las parcela y vende las parcelas, a plazos, a pequeños cultivadores. Y supe algo muy curioso de una ganadería de reses bravas que ha desaparecido para que pueda ser roturada y sembrada la tierra que permanecía casi improductiva en mantener esos bichos. Porque la ganadería de reses bravas es una industria en rigor improductiva o que por lo menos hace decrecer la productividad posible.

El señorito ecuestre y de zahones parece que corre peligro de desaparecer. ¡Cuanto antes mejor!

Había sin duda algo de cálculo — o de una especie de cálculo instintivo e inconsciente — en dedicar extensas áreas de terreno a cultivos que impedían — por un mecanismo largo de explicar aquí ahora — que el jornal del campesino subiera. Las reses bravas, como la caza, expulsaba a los hombres. Pero había y hay en ello no poco de una vanidad feudal hecha de ignorancia y de holgazanería. Hay quien hasta se ha arruinado por mantener el cartel de una ganadería.

He cruzado España de Poniente a Levante prestando oído a conversaciones de tren, provocándolas a las veces, y he vuelto a confirmarme en la impresión de que se está operando una honda transformación en la economía social española. Cuando iba a entrar el verano auguramos para él tormentas y vendavales. No ha sido así. Pero es que los negros nubarrones han descargado en lluvias. En lluvias morales. ¿eh? Y mientras asuela a buena parte de España la sequía material, física, atmosférica, está lloviendo en el otro respecto. Lluve dinero.

El que esto escribe peca más bien de eso que vulgarmente suele llamarse pesimismo, pero no deja de reconocer que en el aspecto económico se está actuando la mejora del proletariado. Negarlo sería cerrar los ojos a la evidencia. Hasta la emigración actual es una prueba de ello, aunque parezca de lo contrario.

«¿Por qué, pues — se dirá, — se agudiza la protesta?» Siempre ha sido así y así tiene que ser. Las mismas ansias de mayor mejora no se desarrollan sino cuando se ha empezado a mejorar. En el que venía ayunando y acaso heredó extenuación de ayunos ancestrales, el apetito crece según come. Tiene que comer por lo que ayunaron sus padres y sus abuelos.

Y hay momentos en que puestos a soñar se nos antoja que el proletariado de ayer

tante va a constituir la burguesía de mañana y que los que han venido siendo tachados de burgueses formarán la próxima futura casta o clase de los oprimidos. Porque le aguardan días muy tristes a esta pobre clase media — media mínima — española.

He cruzado España de Poniente a Levante, con los oídos muy abiertos; he recogido hasta trozos de conversaciones, colillas de ellas, y he creído observar que las entrañas de la patria, su fondo económico-social se conmueve, pero ¡ay! que los días de la libertad se alejan. Y mi corazón, liberal antes que nada, se ha conmovido.

Pero de esto del eclipse de la libertad hablaremos otro día. Eclipse tras del cual volverá a brillar el sol. El paso de la luna ante él es siempre muy breve. Y la luna no tiene luz propia.

Miguel de UNAMUNO.

Valencia 9-IX-20.

